

El régimen del Terror en Francia: su verdadera causa

Algunas naciones le dieron la bienvenida a la Reforma como a una mensajera del Cielo. Pero en otros países la luz del conocimiento de la Biblia quedó casi totalmente excluida. En una nación, la verdad y el error lucharon durante siglos por el predominio, y finalmente se rechazó la verdad del Cielo. El freno constituido por la presencia del Espíritu de Dios fue retirado de un pueblo que había depreciado el don de su gracia, y todo el mundo vio el fruto del rechazo voluntario de la luz.

La guerra contra la Biblia en Francia culminó en la Revolución, que fue el resultado natural de que Roma anulara las Escrituras. Lo que ocurrió luego presentó la más notable ilustración que jamás se haya visto del efecto de las enseñanzas de la Iglesia Romana.

Juan, autor del Apocalipsis, señala los terribles resultados que habían de verse en Francia por el dominio del “hombre de maldad”:

“Pisotearán la ciudad santa durante cuarenta y dos meses. Por mi parte, yo encargaré a mis dos testigos que, vestidos de luto, profeticen durante mil doscientos sesenta días. [...] Ahora bien, cuando hayan terminado de dar su testimonio, la bestia que sube del abismo les hará la guerra, los vencerá y los matará. Sus cadáveres quedarán tendidos en la plaza de la gran ciudad, llamada en sentido figurado Sodoma y Egipto, donde también fue crucificado su Señor. [...] Los habitantes de la tierra se alegrarán de su muerte y harán fiesta e intercambiarán regalos, porque estos dos profetas les estaban haciendo la vida imposible. Pasados los tres días y medio, entró en ellos un aliento de vida enviado por Dios, y se pusieron de pie, y quienes los observaban quedaron sobrecogidos de terror” (Apocalipsis 11:2-11).

Los “cuarenta y dos meses” y los “mil doscientos sesenta días” se refieren al mismo tiempo, es decir, el tiempo durante el que la Iglesia de Cristo sufriría opresión a manos de Roma. Los 1.260 años comenzaron en el 538 y terminaron en 1798. En esa fecha, un ejército francés tomó prisionero al Papa, quien murió en el exilio. La jerarquía papal, a partir de entonces, nunca volvió a tener el mismo poder que poseía anteriormente.

La persecución de la Iglesia no continuó durante todo el tiempo de los 1.260 años. Dios, como una manifestación de su misericordia hacia su pueblo, acortó el tiempo de la prueba terrible por medio de la influencia de la Reforma.

Los “dos testigos” representan las Escrituras del Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento, testimonios importantes del origen y la perpetuidad de la Ley de Dios, y también del plan de salvación.

“Yo encargaré a mis dos testigos que, vestidos de luto, profeticen durante mil doscientos sesenta días”. Cuando se proscribió la Biblia, y su testimonio fue pervertido; cuando los que se atrevieron a proclamar sus verdades fueron traicionados, torturados, martirizados por su fe u obligados a huir, entonces los fieles “testigos” profetizaron “vestidos de luto”. Aun en los tiempos más oscuros, personas fieles recibieron sabiduría y autoridad para declarar la verdad de Dios.

“Si alguien quiere hacerles daño, ellos lanzan fuego por la boca y consumen a sus enemigos. Así habrá de morir cualquiera que intente hacerles daño” (Apocalipsis 11:5). ¡Los seres humanos no pueden atropellar impunemente la Palabra de Dios!

“Cuando hayan terminado [estén terminando] de dar su testimonio”. Cuando los dos testigos estaban terminando su obra en la oscuridad, “la bestia que sube del abismo les hará la guerra”. Aquí se presenta una nueva manifestación del poder satánico.

La política de Roma había sido, mientras profesaba reverencia por la Biblia, mantenerla cautiva en un idioma desconocido, y oculta del pueblo. Bajo su gobierno, los testigos profetizaron “vestidos de luto”. Pero “la bestia que sube del abismo” haría guerra abierta y declarada contra la Palabra de Dios.

“La gran ciudad”, en cuyas calles son asesinados los testigos y donde yacen sus cuerpos muertos, es, “en sentido figurado”, Egipto. De todas las naciones mencionadas en la historia bíblica, Egipto fue la que negó más temerariamente la existencia del Dios vivo y resistió sus mandatos. Ningún monarca jamás se aventuró a resistir con tanto descaro la autoridad del Cielo como el faraón de Egipto: “¡Ni conozco al Señor, ni voy a dejar que Israel se vaya!” (Éxodo 5:2). Esto es el ateísmo; y la nación representada por Egipto se haría eco de una negación similar de Dios y manifestaría un espíritu de desafío similar.

“La gran ciudad” también es comparada, “en sentido figurado”, a Sodoma. La corrupción de Sodoma se manifestó especialmente en su vida licenciosa. Este pecado habría de ser igualmente la característica de la nación que cumpliría este pasaje bíblico.

Según el profeta, entonces, un poco antes de 1798, cierto poder de carácter satánico se levantaría para hacer guerra contra la Biblia; y en el país donde el testimonio de “los dos testigos” de Dios fuera silenciado, se manifestaría el ateísmo de Faraón y el libertinaje de Sodoma.

Un notable cumplimiento de la profecía

Esta profecía recibió un notable cumplimiento en la historia de Francia durante la Revolución, en 1793. “Francia se destaca en toda la historia mundial como el único Estado que, por un decreto de su Asamblea Legislativa, declaró

que no existía Dios, y el único sitio en que toda la población de la capital, y una vasta mayoría de la población de otros lugares, mujeres y hombres, danzaron y cantaron con gozo aceptando este pronunciamiento”.¹

Francia también presentó las características que distinguían a Sodoma. El historiador presenta juntos el ateísmo y la conducta licenciosa de Francia en estas palabras: “Íntimamente vinculadas con estas leyes que afectaban a la religión, estaba la que reducía la unión matrimonial –el compromiso más sagrado que los seres humanos pueden formar, y cuya permanencia y estabilidad contribuyen más eficazmente a la consolidación de la sociedad– al estado de un mero contrato civil de carácter transitorio, del que pueden participar dos personas cualquiera y deshacerlo a voluntad. [...] Sofía Arnoult, una famosa actriz que se caracterizaba por la agudeza de sus dichos, definió el casamiento republicano como ‘el sacramento del adulterio’”.²

Enemidad contra Cristo

“Donde también nuestro Señor fue crucificado” (Apocalipsis 11:8, RV60). Esto también lo cumplió Francia. En ningún país había encontrado la verdad una oposición más cruel. En la persecución con que Francia afligió a los que profesaban el evangelio, crucificó también a Cristo en la persona de sus discípulos.

Siglo tras siglo había sido derramada la sangre de los santos. Mientras los valdenses perdían su vida en las montañas del Piamonte “por el testimonio de Jesucristo”, los albigenses de Francia daban un testimonio similar. En este país, los discípulos de la Reforma fueron asesinados con horribles torturas. El rey y los nobles, mujeres de alta alcurnia y delicadas jovencitas habían festejado las agonías de los mártires de Jesús. Los valientes hugonotes vertieron su sangre en más de un campo de batalla, cazados como bestias salvajes.

Los pocos descendientes de los antiguos cristianos que todavía permanecían en Francia en el siglo XVIII, escondidos en las montañas del sur, mantenían la fe de sus padres. Eran arrastrados a las galeras para morir en esclavitud. Los hombres y las mujeres más refinados e inteligentes de Francia eran encadenados y horriblemente torturados, en medio de ladrones y asesinos. Otros eran fusilados a sangre fría, mientras caían de rodillas en oración. El país, assolado por la espada, el hacha y la hoguera, “se convirtió en un vasto y lúgubre desierto”. “Estas atrocidades se consumaron [...] no en una edad oscura, sino en la brillante época de Luis XIV. Por ese entonces se cultivaba la ciencia, florecían las letras, y los teólogos de la corte y de la capital eran hombres instruidos y elocuentes, y aparentaban en gran manera poseer las gracias de la mansedumbre y la caridad”.³

El más horrible de los crímenes

Pero lo más cínico que se registra en este tenebroso catálogo de crímenes fue la matanza de San Bartolomé. El rey de Francia, instado por los sacerdotes y los

¹ *Blackwood's Magazine*, noviembre de 1870.

² Sir Walter Scott, *Life of Napoleon* [Vida de Napoleón], t. 1, cap. 17.

³ Wylie, lib. 22, cap. 7.

prelados, concedió su sanción. Una campana, que sonó a medianoche, fue la señal para la matanza. Miles de protestantes, que dormían en sus hogares, confiando en la palabra que les había dado el rey asegurándoles protección, fueron arrastrados a la calle y asesinados.

Durante siete días, la masacre continuó en París. Por orden del rey, se extendió a todas las ciudades donde hubiera protestantes. Nobles y campesinos, viejos y jóvenes, madres y niños fueron sacrificados juntos. Por toda Francia, murieron 70.000 personas de la flor y nata de la nación.

“Cuando las noticias de la masacre llegaron a Roma, el regocijo entre el clero no conoció límites. El cardenal de Lorena recompensó al mensajero con mil coronas [monedas de la época]; el cañón de San Ángelo tronó en alegres disparos; se oyeron las campanas de todas las torres; fogatas innumerables convirtieron la noche en día; y Gregorio XIII, asistido por cardenales y otros dignatarios eclesiásticos, salió en una larga procesión hacia la iglesia de San Luis, donde el cardenal de Lorena cantó un *Te Deum*. [...] Se acuñó una medalla para conmemorar la matanza. [...] Un sacerdote francés [...] habló de ‘ese día tan lleno de dicha y alegría, cuando el santísimo padre recibió la noticia y se encaminó en solemne comitiva para dar gracias a Dios y a San Luis’ ”.⁴

El mismo espíritu maestro que impulsó la matanza de San Bartolomé presidió en las escenas de la Revolución. Jesucristo fue declarado impostor, y el clamor de los franceses incrédulos fue “aplasten al Infame”, refiriéndose a Cristo. La blasfemia y la maldad marcharon de la mano. En todo esto se rindió tributo a Satanás, en tanto que Cristo, en sus características de verdad, pureza y amor abnegado, fue “crucificado”.

“La bestia que sube del abismo les hará la guerra, los vencerá y los matará” (Apocalipsis 11:7). El poder ateo que gobernó en Francia durante la Revolución y el Terror se empeñó en una guerra semejante contra Dios y su Palabra. La Asamblea Nacional abolió el culto a la Deidad. Se recogieron Biblias para quemarlas públicamente. Las instituciones de la Biblia fueron abolidas. Se suprimió el día de descanso semanal y, en su lugar, se dedicó cada décimo día a la parranda. Se prohibieron la comunión y el bautismo. Anuncios colocados en los cementerios declaraban que la muerte era un sueño eterno.

Se prohibieron todos los cultos religiosos, excepto el de la “libertad” y la patria. El “obispo constitucional de París fue traído [...] para declarar ante la Convención que la religión que él había enseñado por tantos años era, en todo respecto, una tramoya del clero, que no tenía fundamento ni en la historia ni en la verdad sagrada. Negó en términos explícitos y solemnes la existencia de la Divinidad, a cuyo culto él se había consagrado”.⁵

“Los habitantes de la tierra se alegrarán de su muerte y harán fiesta e intercambiarán regalos, porque estos dos profetas les estaban haciendo la vida imposible” (Apocalipsis 11:10). La Francia incrédula había silenciado la voz de reprensión de los

⁴ Henry White, *The Massacre of St. Bartholomew* [La masacre de San Bartolomé], cap. 14, párr. 34.

⁵ Scott, t. 1, cap. 17.

dos testigos de Dios. La Palabra de Dios yacía muerta en sus calles, y los que odiaban la Ley de Dios se recogieron. Las personas desafiaban públicamente al Rey del Cielo.

Atrevimiento blasfemo

Uno de los “sacerdotes” del nuevo orden dijo: “Dios, si existes, toma venganza de las injurias que se hacen en tu nombre. ¡Yo te desafío! Permaneces silencioso; no te atreves a enviar tus juicios. ¿Quién, después de esto, creará en tu existencia?”⁶ ¿Qué eco tan fiel de la pretensión de Faraón: “¿Y quién es el Señor para que yo le obedezca?”!

“Dice el necio en su corazón: ‘No hay Dios’” (Salmo 14:1). Y el Señor declara: “Todo el mundo se dará cuenta de su insensatez” (2 Timoteo 3:9). Después que Francia renunció al culto del Dios viviente descendió a un estado de idolatría degradante por el culto a la diosa Razón, una mujer libertina. ¡Y esto ocurrió en el seno de la asamblea representativa de la nación! “Una de las ceremonias de aquella ocasión de locura es sin paralelo por lo absurdo combinado con lo impío. Se abrieron las puertas de la convención. [...] Los miembros del cuerpo municipal entraron en solemne procesión cantando un himno para alabar la libertad, y escoltando, como objeto de su futuro culto, a una mujer cubierta con un velo, a quien llamaron ‘la diosa Razón’. Cuando se la trajo al estrado, se le quitó el velo con gran ceremonia, y se la colocó a la diestra del presidente, cuando esta era conocida por todos como una bailarina de la ópera”.

La diosa Razón

“La investidura de la diosa Razón fue imitada por toda la nación en los lugares donde los habitantes deseaban manifestar que estaban a la altura de la revolución.”⁷

Cuando la “diosa” fue traída a la convención, el orador la tomó de la mano, y volviéndose a la asamblea dijo: “Mortales, dejen de temblar ante los juicios impotentes de un Dios creado por sus temores. De hoy en adelante, reconozcan que no hay divinidad alguna fuera de la Razón. Les ofrezco su más noble y pura imagen; si necesitan tener ídolos, ofrezcan sacrificios solamente a los que sean como este [...]”.

“Después de que el presidente abrazara a la diosa, la montaron sobre una magnífica carroza, y la condujeron a la catedral de Notre Dame, para que tomara el lugar de la Divinidad. Allí fue elevada sobre el altar mayor, y recibió la adoración de todos los presentes”.⁸

El papismo comenzó la obra que el ateísmo estaba completando, precipitando a Francia a la ruina. Los escritores, al referirse a los horrores de la Revolución, dicen que de estos excesos hay que culpar al trono y a la Iglesia. En estricta justicia, quien debe ser culpada es la Iglesia. El papismo había envenenado la mente

⁶ Lacretelle, *History* [Historia], t. 11, p. 309; en Sir Archibald Alison, *History of Europe* [Historia de Europa], t. 1, cap. 10.

⁷ Scott, t. 1, cap. 17.

⁸ M. A. Thiers, *History of the French Revolution* [Historia de la Revolución Francesa], t. 2, pp. 370, 371.

de los reyes contra la Reforma. El genio de Roma inspiró la crueldad y la opresión que ahora procedían del trono.

Donde se recibió el evangelio, las mentes del pueblo fueron despertadas. Este comenzó a sacudir las cadenas que lo habían mantenido esclavo de la ignorancia y la superstición. Los monarcas lo vieron y temblaron por su despotismo.

Roma no se demoró en enardecer sus celosos temores. El Papa le dijo al regente de Francia, en 1525: “Esta manía [el protestantismo] no solamente confundirá y destruirá la religión, sino todos los principados, la nobleza, las leyes, el orden y las jerarquías”. Un nuncio papal le advirtió al rey: “Los protestantes derribarán todo el orden civil y religioso. [...] El trono está en tanto peligro como el altar”.⁹ Desafortunadamente, Roma tuvo éxito en predisponer a Francia contra la Reforma.

La enseñanza de la Biblia habría implantado en los corazones del pueblo principios de justicia, temperancia y verdad, que son la piedra angular de la prosperidad de una nación. “La justicia enaltece a una nación” (Proverbios 14:34). Por lo tanto, “el trono se afirma en la justicia” (Proverbios 16:12; ver también Isaías 32:17). El que obedece la Ley divina con toda seguridad respetará y obedecerá las leyes del país. Francia prohibió la Biblia. Siglo tras siglo, personas de integridad, de fortaleza intelectual y moral, que tenían fe para sufrir por la verdad, sufrieron como esclavos en las galeras, perecieron en la hoguera o fueron dejados para pudrirse en los calabozos. Miles encontraron seguridad en la huida durante 250 años después de iniciada la Reforma.

“Casi no hubo una generación francesa durante ese largo período que no presenciara cómo los discípulos del evangelio huían ante la furia delirante del perseguidor, llevándose consigo la inteligencia, las artes, la industria y el orden —en los que por regla general se destacaban en forma prominente—, para enriquecer los países en los que encontraron asilo. [...] Si todos los que huyeron hubieran sido retenidos en Francia, ¡cuán grande, próspero y feliz hubiera sido el país; un modelo para las naciones! Pero un fanatismo ciego e inexorable echó de su suelo a todo maestro de virtud, a todo paladín del orden, a todo defensor honrado del trono. [...] Finalmente, la ruina del Estado se hizo completa”.¹⁰ El resultado fue la Revolución con sus horrores.

Lo que habría sido

“Con la huida de los hugonotes, Francia quedó sumida en una decadencia general. Florecientes ciudades industriales cayeron en la decadencia. [...] Se estima que, al comienzo de la Revolución, en París, doscientos mil pobres clamaban misericordia de las manos del rey. Los jesuitas eran los únicos que florecían en la nación decadente”.¹¹

El evangelio habría traído a Francia la solución de los problemas que tenían perplejos al clero, al rey y a los legisladores, y que finalmente precipitaron a la nación

⁹ D'Aubigné, *History of the Reformation in Europe in the Time of Calvin* [Historia de la Reforma en Europa en el tiempo de Calvino], lib. 2, cap. 36.

¹⁰ Wylie, lib. 13, cap. 20.

¹¹ *Ibid.*

en la ruina. Pero, bajo Roma, el pueblo había perdido las lecciones de abnegación y amor por el bien de los demás que enseñara el Salvador. El rico no sentía ningún cargo de conciencia por la opresión del pobre; el pobre no encontraba alivio de su degradación. El egoísmo de los adinerados y poderosos llegó a ser más y más opresivo. Durante siglos, el rico perjudicó al pobre, y el pobre odió al rico.

En muchas provincias, las clases trabajadoras estaban a la merced de los señores y se veían forzadas a someterse a demandas exorbitantes. Las clases media y baja tenían que hacer frente a impuestos excesivos exigidos por las autoridades civiles y por el clero. "Los agricultores y los campesinos podían morir de hambre, pero a sus opresores no les importaba. [...] La vida de los trabajadores agrícolas era una vida de incesante trabajo y miseria sin alivio; sus quejas [...] eran tratadas con insolente desprecio. [...] Los jueces eran famosos por los sobornos que recibían. [...] De los impuestos [...] ni siquiera la mitad llegaba alguna vez a la tesorería real o episcopal; el resto era malgastado en la disipación y la complacencia personal; y las personas que empobrecían de esta manera a sus compatriotas estaban exentos de impuestos, y tenían derecho, por ley o costumbres, a ocupar todos los puestos del gobierno. [...] Debido a que ellos llevaban esta vida disipada, millones eran condenados a llevar una vida de desesperanza y degradación".

Durante más de medio siglo antes de la Revolución, estuvo en el trono Luis xv, quien se distinguía por ser indolente, frívolo y carnal. Con el Estado en plena crisis financiera y con el pueblo exasperado, no se necesitaba un ojo de profeta para prever un desenlace terrible. En vano se mostró la necesidad de una reforma. La condenación que aguardaba a Francia se reflejaba en las palabras egoístas del rey: "¡Después de mí, el diluvio!"

Roma había ejercido su influencia sobre los reyes y la clase gobernante para conservar al pueblo en la esclavitud, con el propósito de mantener tanto a los gobernantes como al pueblo en sus cadenas. Pero mil veces más terrible que el sufrimiento físico que resultó de la política de Francia fue la degradación moral de ese país. Privado de la Biblia, y abandonado al egoísmo, el pueblo se hallaba sumido en la ignorancia y el vicio, y era totalmente incapaz de gobernarse por sí solo.

Una cosecha sangrienta

En lugar de mantener a las multitudes en ciega sumisión a sus dogmas, la obra de Roma las convirtió en incrédulas y revolucionarias. Despreciaron el romanismo y los fraudes de los sacerdotes. El único dios a quien conocían era al dios de Roma. Consideraron que el fruto de la Biblia era la avaricia y la crueldad, y no quisieron saber nada de todo ello.

Roma había representado mal el carácter de Dios, y ahora las personas rechazaban tanto la Biblia como a su Autor. En reacción, Voltaire y sus asociados echaron completamente a un lado la Palabra de Dios y difundieron la incredulidad. Roma había sometido al pueblo a un dominio férreo; ahora las masas se sublevaron contra toda restricción. Encolerizadas, rechazaron juntamente la verdad y la mentira.

Al comienzo de la Revolución, sobre la base de una concesión del rey, al pueblo se le permitió en la Asamblea Nacional una representación mayor que la de los nobles y el clero juntos. Por esta razón, el predominio del poder quedó en sus manos; pero no estaban preparados para usarlo con sabiduría y moderación. Un populacho enloquecido resolvió vengarse. Los oprimidos pusieron en práctica la lección que habían aprendido bajo la tiranía, y llegaron a ser los opresores de aquellos que los habían oprimido.

Francia recogió con sangre la cosecha de su sumisión a Roma. En el lugar donde bajo el romanismo se había levantado la primera hoguera, al comienzo de la Reforma, allí mismo la Revolución estableció su primera guillotina. En el lugar donde los primeros mártires de la fe protestante fueron quemados en el siglo XVI, las primeras víctimas fueron guillotinadas en el siglo XVIII. Como echaron a un lado las restricciones de la Ley de Dios, la nación se entregó a la revolución y la anarquía. La guerra contra la Biblia introdujo en la historia mundial el período conocido como “el Terror”. El que triunfaba hoy era condenado mañana.

El rey, el clero y los nobles se vieron obligados a someterse a las atrocidades de un pueblo enloquecido. A los que decretaron la muerte del rey, pronto les tocó su propio turno en la guillotina. Se decretó hacer una ejecución general de todos los que eran sospechosos de hostilidad hacia la Revolución. Francia llegó a ser un gran campo de masas humanas que luchaban entre sí, movidas por la furia de las pasiones. “En París, un tumulto sucedía a otro, y los ciudadanos estaban divididos en una mezcla de facciones, que no parecían tener otro propósito que la mutua exterminación. [...] El país se vio al borde de la bancarrota; los ejércitos clamaban por falta de pago, los parisinos morían de hambre, las provincias eran despojadas por las brigadas, y la civilización casi quedó extinguida en la anarquía y la licencia”.

Demasiado bien había aprendido el pueblo las lecciones de crueldad y tortura que Roma tan diligentemente le había enseñado. No eran ahora los discípulos de Jesús los que eran arrastrados a la hoguera; mucho tiempo hacía que habían perecido o se los había obligado al exilio. “Los cadalsos se enrojecieron con la sangre de los sacerdotes. Las galeras y las prisiones, una vez atestadas de hugonotes, ahora estaban llenas de sus perseguidores. Encadenados a los bancos y trabajando angustiosamente con los remos, el clero católico romano experimentó todas las angustias que su Iglesia tan libremente había infligido a los mansos herejes”.

“Entonces vinieron los días [...] en que los espías acechaban en cada esquina; cuando la guillotina trabajaba largas horas en forma continua todas las mañanas; cuando las cárceles se llenaron tanto de presos que más parecían galeras de esclavos; cuando las acequias corrían al Sena llevando en sus raudales la sangre de las víctimas. [...] Largas hileras de cautivos eran masacradas con racimos de metralla de los cañones. Se abrían intencionalmente boquetes en las barcazas sobrecargadas de cautivos. [...] Centenares de muchachos y doncellas menores de diecisiete años fueron asesinados por orden de aquel execrable gobierno. Bebés arrebatados del regazo de sus madres eran ensartados de pica en pica en las filas jacobinas”.

Todo esto ocurrió como Satanás quería que ocurriera. Su política es el engaño y su propósito es traer miseria a la humanidad, desfigurar la obra de Dios, echar a perder el propósito divino del amor, y así producir dolor en el Cielo. Luego, usando artimañas engañosas induce a las personas a echarle la culpa a Dios, como si toda esta miseria fuera resultado del plan del Creador. Cuando el pueblo descubrió que el romanismo era un engaño, Satanás los instó a considerar toda religión como engañosa y la Biblia como una fábula.

El error fatal

El fatal error que condujo a Francia a tal miseria fue ignorar esta gran verdad: la verdadera libertad yace dentro de los límites de las prohibiciones de la Ley de Dios. “Si hubieras prestado atención a mis mandamientos, tu paz habría sido como un río; tu justicia, como las olas del mar” (Isaías 48:18). Los que no aprenden esta lección leyendo el Libro de Dios tendrán que aprenderla de la historia.

Cuando Satanás obró por medio de la Iglesia Romana para desviar a los seres humanos de la obediencia, su obra estaba disfrazada, mas por la obra del Espíritu de Dios sus propósitos no pudieron alcanzar su plena consumación. La gente no supo ir del efecto a la causa ni descubrir el origen de tanta desgracia. Pero en la Revolución, la Asamblea Nacional rechazó abiertamente la Ley de Dios, y el Terror, que siguió a esta decisión, hizo que todos pudieran observar la causa y el efecto.

La transgresión de una ley justa y santa inevitablemente produce la ruina. El Espíritu restrictivo de Dios, que impone un límite al poder cruel de Satanás, quedó anulado en gran medida, y aquel cuyo deleite consiste en la desgracia de los seres humanos tuvo libertad para hacer su voluntad. A los que habían elegido la rebelión se les permitió que cosecharan sus frutos. El país se llenó de crímenes. Desde las provincias devastadas y las ciudades arruinadas se levantó un terrible clamor de amarga angustia. Francia fue conmovida como por un terremoto. La religión, la ley, el orden social, la familia, el Estado y la Iglesia, todos fueron abatidos por la mano impía que se había levantado contra la Ley de Dios.

Los fieles testigos del Señor, sacrificados por el poder blasfemo “que sube del abismo”, no habían de permanecer por mucho tiempo en el silencio. “Pasados los tres días y medio, entró en ellos un aliento de vida enviado por Dios, y se pusieron de pie, y quienes los observaban quedaron sobrecogidos de terror” (Apocalipsis 11:11). En 1793, los decretos que rechazaron la Biblia fueron aprobados por la Asamblea francesa. Tres años y medio más tarde, el mismo cuerpo rescindió estos decretos con una resolución. Las personas reconocieron la necesidad de la fe en Dios y su Palabra como el fundamento de la virtud y la moralidad.

Con respecto a “los dos testigos” [el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento] el profeta declara, además: “Entonces los dos testigos oyeron una potente voz del cielo que les decía: ‘Suban acá’. Y subieron al cielo en una nube, a la vista de sus enemigos” (Apocalipsis 11:12). “Los dos testigos de Dios” fueron honrados como nunca antes. En 1804 se organizó la Sociedad Bíblica Británica y Extranjera, seguida de otras organizaciones similares en el continente europeo. En 1816 se fundó la

American Bible Society [Sociedad Bíblica Estadounidense]. Desde entonces, se ha traducido la Biblia a centenares de idiomas y dialectos.

Antes de 1792, poca atención se había dado a las misiones en el extranjero, pero hacia el fin del siglo XVIII se realizó un gran cambio. Las personas quedaron muy disconformes con el racionalismo y se dieron cuenta de la necesidad de una revelación divina y una religión experimental. Desde este tiempo las misiones en el extranjero avanzaron con un vigor sin precedente.

Los progresos en las tecnologías de imprenta dieron ímpetu a la circulación de la Biblia. El quebrantamiento de los viejos prejuicios y del exclusivismo nacional y la pérdida de poder secular que sufrió el pontífice de Roma abrieron el camino para la entrada de la Palabra de Dios. La Biblia ha sido llevada ahora a todas partes del globo.

El incrédulo Voltaire dijo: “Estoy cansado de oír a la gente repetir que doce hombres establecieron la religión cristiana. Yo probaré que un solo hombre puede ser suficiente para derrocarla”. Millones se han unido en la guerra contra la Biblia, pero este libro está muy lejos de haber sido destruido. En lugares donde había cien ejemplares en los días de Voltaire, hay ahora cien mil volúmenes del Libro de Dios. Ciertas son las palabras de uno de los primeros reformadores: “La Biblia es un yunque sobre el que se han roto muchos martillos”.

Lo que se edifica sobre la autoridad del ser humano será derribado; pero lo que se funda en la roca de la Palabra de Dios permanecerá para siempre.